

Alfombra

Al día siguiente del inicio de clases, cuando volví de la escuela, papá me explicó —mientras cortaba perejil en la huerta—, que la internación de mamá era por poquito tiempo. Él pidió vacaciones para quedarse conmigo, pero se pasaba el día en el patio con las mismas tareas una y otra vez. Limpiaba las tazas de las plantas con una azada y combatía a las hormigas con un veneno que él mismo había fabricado; sacaba hojas amarillas o rotas de las ramas y las dejaba en un cajón donde ponía restos de comida y cáscaras. Le echaba una jarra y media de agua a la lechuga amarga y un cuarto al romero; al quinoto y al naranjo les dejaba la manguera por unos minutos. A los tomates les hizo un sistema de goteo casero con una botella de dos litros y los limpiaba con un trapo húmedo a medida que pintaban. A las frutillas las tapó con una tela blanca por miedo a las heladas tempraneras. Para los caracoles, que diezmaban hojas y brotes, fabricó una casita de madera que utilizaba como trampa. Habló poco en las semanas que estuvimos solos. Salvo por los ladridos de Poncho, nuestro Golden, la casa era puro silencio. Le pedí mil veces ir a ver a mamá.

—No se puede, Juancito, en ese lugar no se reciben visitas.

Papá me preparaba el desayuno y volvía al patio con el termo y el mate. Cortaba el césped cada dos o tres días con una máquina viejísima, de esas sin motor; decía, que la electricidad estresaba a las plantas. A los restos los barría con una escoba de plástico y los juntaba en montoncitos que metía en el mismo cajón de las hojas. Recién ahí, cuando el patio quedaba como una alfombra, y la puerta de la huerta bien cerrada, dejaba salir a Poncho del garaje.

Su sonrisa aparecía cuando cenábamos la cosecha de la huerta.

—Una ensalada fresquita es súper sana, Juancito, decía.

Mamá volvió un domingo a la mañana, con una mochila negra de La Renga, un bolso y una colchoneta de hacer gimnasia. Se había tatuado las piernas y cambiado el pelo negro por uno amarillo mucho más cortito. Ese día, pasamos la

tarde en mi pieza jugando a los videojuegos, con chizitos y Coca-Cola. A pesar de que se reía con mis ocurrencias, por largos ratos se quedaba en silencio, con la mirada en la ventana que da al patio o sobre la pantalla de la tele.

Papá siguió tan callado y serio como antes. Me dijo que mamá estaba mejor y regresó a sus interminables jornadas de patio. No sé si ella había mejorado; estaba distinta. Más flaca y fibrosa, hasta parecía más ágil. Regaló ropa de antes y quemó zapatos y sandalias en el asador del patio. Me enseñó sus tatuajes: en una pantorrilla, dos cadenas rotas y, en la otra, una cruz al revés. Pasale los dedos, fijate en el relieve, me dijo. La piel late, está viva, Juancito. No me animé a preguntarle si se los había hecho en la clínica.

Por las mañanas, apenas me levantaba, ella ya estaba en el garaje sobre la colchoneta, en la bici fija o usando unas pesas que eran de mi papá. Después salía en la bicicleta de verdad por una hora o más. Volvía a casa cantando, con los auriculares puestos, se duchaba y se tiraba a leer sobre un toallón en el patio. Papá se quedaba mirándola, con las herramientas de jardinería en la mano.

Un viernes, ellos fueron al cine y a comer tacos. A la vuelta, mamá entró a mi pieza casi sin hacer ruido. Me quede quietito, como si durmiera. Al rato, la escuché llorar. Se cruzó a mi cama y me abrazó fuerte. Perdón, me dijo al oído.

La casa se acomodó a su nuevo ritmo. ella ya no pasaba tiempo con la plancha o limpiando, y no preparaba la comida como antes; elegía congelados de la heladera y los cocinaba en minutos. Para las milanesas con puré o arroz con pollo, debíamos esperar al sábado, que papá se decidiera a cocinar.

El lunes pasado, mamá no hizo gimnasia en el garaje ni me ayudó con las tareas de la escuela. Se pasó la mitad de la mañana cantando y bailando en el patio. Cerca del mediodía estiró su cuerpo en la colchoneta que había sacado del garaje. Después se quedó en una reposerá bajo el sol de marzo, la vincha negra de los auriculares le resaltaba sobre la cabeza amarilla. Me fui a pelotear cerca de ella para ver si se entusiasmaba y volvíamos a jugar a los penales por los gustos del helado de los domingos. Dejé de hacer ruido, gritó. Se incorporó y tiró los

auriculares contra la reposera. Me metí a la casa y la miré desde la ventana de mi pieza: no paraba de moverse. Caminaba descalza por el césped, el bikini le quedaba suelto y los lentes negros a punto de caerse. Debajo del corpiño se le notaban las costillas y el pupo parecía más grande. Abrió la puerta del cerco de la huerta y arrancó un tomate. Lo lavó en la canilla del asador y se lo comió. Cerca de la achicoria, levantó la casita trampa, se sentó sobre una maceta y sacó dos caracoles que dejó en el césped. Se quedó mirando cómo se desplazaban hacia el fondo del patio. Los empujó, despacito, con el pie; esperó un rato y volvió a pecharlos con suavidad. Cuando los bichos llegaron a la taza de una salvia, extendió los brazos, los hizo mover como si volara, y se largó a reír. Dejó salir a Poncho del garaje y volvió a la reposera. El perro dio unas vueltas y se quedó a su lado mientras ella le rascaba la cabeza. Esperé un buen rato y, sin hacer ruido, fui hasta el fondo y cerré la puertita del de la huerta. Poncho me ladró para jugar y mamá pareció despertar. Se quedó mirándome como si no me conociera. Le pregunté por el almuerzo. Tu padre lo trae, dijo y se metió a la casa.

Preparé pan con manteca y un mate cocido; papá llegaba a las cuatro de la tarde y yo debía estar en la escuela a las una y media. Además, y lo más importante, no debía sumarle tareas a mamá, al menos, hasta que se curara del todo. Papá me había pedido que ayudara, y mis tareas iban desde tenderme la cama y acomodar mi ropa hasta darle de comer al perro. Guardé los útiles en la mochila y me puse el uniforme. Abrí el Tik Tok y, en la cocina esperé el transporte escolar. Mamá pidió que la esperara un segundo. Fue a la pieza y volvió vestida con una remera del Indio Solari y un pantalón corto. Puso el sartén en la hornalla y preparó el *omelette* que a mí más me gusta, con queso y trocitos de mortadela. Lo trajo a la mesa con un vaso de jugo.

—No quería molestarte, ma —le dije—. Quiero que te cures rápido.

—Yo estoy perfecta. —Me acarició el pelo—. Nunca estuve enferma.

Nos miramos por unos segundos.

—¿Y la clínica?

—¿Qué clínica? —dijo y los labios se le pusieron duros.

La bocina de la combi la sacó de su silencio.

—Vamos, Juancito —dijo y llevó la mochila hasta la vereda.

Cuando regresé de la escuela, la casa estaba oscura y en silencio. Saludé a papá en el patio y pidió que no hiciera ruido, que mamá descansaba en la pieza. Le había hecho cuatro huecos a la base de la trampa de caracoles y, con clavos largos, la sujetaba al suelo. Comprobó que no se moviera y abrió los labios en una especie de sonrisa. Se puso de pie y me enseñó su nueva herramienta: un hierro con mango de madera, una especie de gancho triple en la punta y un pedal del otro lado.

—Mirá, Juancito, vení.

Dio unos pasos y se frenó junto a la maceta grande del orégano. Inclino un poco el hierro y metió el gancho en el suelo. Pisó sobre el pedal y movió el aparato hacia atrás desde el mango. Lo levantó y me mostró el yuyo atrapado en el gancho.

—La mala hierba se lleva el agua, la luz y los nutrientes.

Lo sacudió y me enseñó las raíces.

—Este estolón es un cáncer. Si no lo atacás se expande por todo el patio.

Pidió que lo tirara en el cajón de los desperdicios y se arrodilló para acomodar la tierra del pequeño hueco que había quedado entre el verde. Preguntó si me habían dado muchos deberes.

—Bastantes.

—Te ayudo —dijo y se lavó las manos con el agua de la manguera.

Hicimos lo de matemáticas y unos mapas de geografía. Papá preguntó por los compañeros nuevos, por las profesoras y si me gustaba alguien. Le contesté lo

mismo que la semana anterior y guardé los útiles. Él se metió al baño y yo llené el comedero de Poncho y le cambié el agua. Cerca de las nueve llegó el *delivery* con las hamburguesas. Comimos en silencio, mirando un partido de tenis en la tele. Me lavé los dientes y él me acompañó a la pieza. Se sentó a mi lado en la cama y me abrazó.

—Mamá se va a poner bien —dijo y me besó en la cabeza.

Me dormí viendo videítos en el celular y pensando en los estolones que se expanden como el cáncer. A la mañana siguiente, el cielo estaba oscuro. Mamá estaba en el garaje con la colchoneta y las pesas. Cuando me vio se quitó los auriculares y dijo que en un minuto hacía el desayuno.

Hacía mucho que no la veía tan contenta.

Preparó café con leche y unas tostadas con mermelada. Seguía con los auriculares y cantando en inglés. A la tenue claridad de la mañana le costaba traspasar la ventana y parecía competir, por quien copaba la casa, con el olor a pan quemado. Mamá me abrazó fuerte y se quedó unos segundos con los labios pegados a mi frente. Cuando se separó pude verle las lágrimas. Se las secó con una hoja del rollo de cocina y se largó a reír:

—Vamos, vamos. ¡A meterle pilas!

Puso la bici fija en el patio, entre el asador y los frutales, y se ejercitó por largos minutos sin dejar de cantar, hasta que un chaparrón la hizo abandonar el pedaleo. Se quitó la remera y el pantalón corto, los colgó en el tender y, con el teléfono en la mano, se ajustó los auriculares. En bombacha y corpiño caminó de una punta a otra del patio. A su paso, el césped parecía más verde y las plantas más vivas. Los tatuajes le brillaron cuando las nubes dejaron pasar el sol. Arrancó naranjas y las tiró en el cajón de las hojas. Enchufó la manguera en la canilla del asador y la dejó en la taza del quinoto. Por un largo rato observó cómo el agua rebalsaba y cubría el parque. Terminé el café con leche que se había enfriado. Un trueno retumbó en la casa y miré el cielo: las nubes habían vuelto. En un ratito el

patio se llenó de viento y oscuridad. Le grité que entrara cuando cayeron los primeros granizos, pero ella siguió cantando. La alfombra de césped absorbía el impacto de las piedras que apenas si rodaban. Agarró la azada y empezó a cavar. Una franja desde el naranjo hasta el quinoto, otra del limonero hasta el asador. La lluvia le pegaba en la espalda desnuda y el pelo parecía retomar su color natural. Las pequeñas zanjas se llenaban de agua y ella reía. De repente tiró la azada contra la bici fija y se metió al garaje. Salió arrastrando a Poncho desde el collar. Abrió la puerta de la huerta y lo obligó a entrar. Juntó tomates, lechuga y otras verduras y, riendo, las revoleó contra el paredón del fondo. Poncho tardó un rato en empezar a jugar bajo la lluvia. Mamá metió el cabo del rastrillo en la trampa de caracoles y, con un movimiento rápido, la levantó y la hizo estrellar contra el asador. La lluvia se intensificó y ella, que seguía con esa risa extraña, salió de la huerta y se puso a zapatear encima del charco que cubría casi todo el patio.

El césped se fue volviendo marrón, una alfombra de barro.